

La posibilidad de asumir la vida nacional como un hogar compartido de manera fraternal entre todos los cubanos, encuentra espacio de análisis en la bella metáfora de monseñor Carlos Manuel de Céspedes: la Casa Cuba. A dicho tema está dedicada esta sección de la revista, en la cual participan los profesores e historiadores Alexis Pestano Fernández y Jorge Felipe González.

CASA CUBA: la posibilidad de una certeza

Por ALEXIS PESTANO FERNÁNDEZ

Uno de los rasgos más significativos de la historia cubana ha estado en la dificultad para el diálogo entre los diferentes componentes de la sociedad. Desde que comenzaba a consolidarse la nacionalidad, cuando los proyectos sobre lo cubano no lograron dialogar entre sí, y en consecuencia tampoco alcanzar la necesaria integración que permitiera un orden político estable tras obtener la independencia en 1902 Cuba ha conocido la pugna ideológica con todo su impacto directo en la vida de los ciudadanos. En particular esto se ha manifestado en la realidad sociopolítica nacional (si bien con importantes transformaciones coyunturales sucesivas) desde 1959 y aún permanecen algunas de las dolorosas consecuencias de la carga ideológica en la vida social, familiar e individual.

Sin embargo, resulta evidente la necesidad de revertir esta característica si se quiere edificar una sociedad más inclusiva, fraternal y respetuosa. Un camino para llegar a esa meta puede estar en considerar a Cuba como un hogar compartido entre todos los cubanos, un

espacio de aceptación y reconocimiento de las diferencias, una oportunidad para la libertad sin olvidar la responsabilidad. Pensar Cuba como una gran casa es indudablemente una apuesta por el futuro.

Algunos elementos fundamentales integrarían la propuesta de una Casa Cuba. En primer lugar, defendería un **proyecto de progreso cívico para Cuba** que confiaría en las propias posibilidades, sustentado en la capacidad racional de la persona humana para el diálogo y el consenso. Junto a ello,

asumiría a **Cuba como una familia**. Ante todo, es necesario señalar que se trata obviamente de una metáfora, un símbolo de lo que podría ser la sociedad cubana. Cuando se piensa en una familia como modelo de una realidad sociopolítica no se asume ninguna de las interpretaciones de las teorías sociológicas actuales sobre la misma, especialmente en el hecho de que no se intente reproducir o perpetuar estructuras de poder. En realidad, se busca encontrar valores de referencia que se encuentran generalmente en la familia:

La Casa Cuba propondría, en fin, ser un espacio para todos, en el que puedan encontrar acogida, y en el que se puedan expresar –por fin ya sin restricciones– las más nobles virtudes del alma nacional.

el amor, la comprensión, la fidelidad ante lo propio. El término familia proviene de la palabra latina *famulus*, sirviente, y de eso se trata precisamente. Una Casa Cuba requeriría de sus habitantes una constante actitud de servicio desinteresado. Por último, este ideal no podría materializarse sin **reconocer una historia común**. En efecto, antes de poder responder a las exigencias del presente y proyectar el futuro, es necesaria una mirada de reconciliación con el pasado, en la que éste sea asumido por todos como parte inseparable de su propio ser, de su propia identidad. Una historia común quiere significar el reclamo de responsabilidad y respeto hacia el pasado, aunque sin dejar de defender, al mismo tiempo, la libertad frente al mismo.

La Casa Cuba propondría, en fin, ser un espacio para todos, en el que puedan encontrar acogida, y en el que se puedan expresar –por fin ya sin restricciones- las más nobles virtudes del alma nacional.

I

Sin dudas, tal aspiración para Cuba parece a primera vista el dulce sueño de una utopía nacionalista, tan bella como irreal. No obstante, un análisis sereno de su historia ofrece herramientas de gran utilidad para materializar esos propósitos. Intentar identificarlas y determinar su contribución es un primer paso imprescindible.

Política

En una mirada rápida de la historia cubana se vislumbra con facilidad el predominio de la conflictividad. La pugna entre reformistas e independentistas en la segunda mitad del siglo XIX y entre liberales y conservadores en las primeras décadas del XX, la contradicción entre las aspiraciones de amplias mayorías populares y el retardo en ser asumidas en su totalidad por el orden político tras 1933, o el creciente rechazo activo a la ruptura de la precaria continuidad constitucional que significó el gobierno de Fulgencio Batista desde 1952 y, finalmente, el enfrentamiento

entre los partidarios de la realidad sociopolítica establecida en el país tras 1959 y sus detractores, parecen indicar que el sectarismo y la intolerancia han caracterizado una praxis política signada por el aislamiento recíproco entre sus actores. La historia nacional es, así vista, una historia de confrontación.

Sin embargo, si se revisan de forma más detallada estos mismos procesos históricos, sus orígenes y fundamentos, se pueden encontrar elementos compartidos que trascienden la contradicción. Determinarlos para intentar, a partir de ellos, un acercamiento entre los contrarios, sería un imprescindible primer paso.

Una excelente oportunidad para ese acercamiento consiste en reconsiderar el siglo XIX cubano, período en el que se consolidó una identidad insular. Las guerras de independencia frente al dominio español, sus causas y resultados, han sido el principal centro de interés de la historiografía sobre esa etapa. Es

... queda, en lo profundo de la cultura nacional, un radical optimismo en cuanto a las posibilidades de la historia nacional. Esta esperanza, si trata de no ser víctima de la ideología, si no es instrumentalizada, puede ser un impulso decisivo en la creación de un clima de confianza en las posibilidades propias.

habitual identificar la propuesta independentista mediante la vía armada con el desarrollo ontogenético de la nación, como un proceso necesario para su propia existencia. Desde esta perspectiva, aquel que rechaza dicha propuesta negaba la nación misma e igualmente no contribuía al progreso de la historia nacional. Excluir entonces su aporte a lo cubano era, por tanto, legítimo.

Ahora bien, no resultan tan evidentes los fundamentos para la mencionada identidad. En realidad, a mediados del siglo XIX tuvo lugar la colisión frontal entre los intereses del liberalismo insular y las aspiraciones cada vez más pujantes del liberalismo peninsular. Ambos necesitaban modernizar la economía sobre la base de la industria y el comercio, así como consolidar un conjunto de libertades que se entendían básicas para el positivo funcionamiento de la sociedad. Para esto, en Cuba se tenía un escollo insalvable en los marcos establecidos por el orden colonial, y en España urgía renovar la relación colonial para encontrar en la Isla una fuente de materias primas y un mercado seguro para su producción. Por tanto, para el progreso de la nación cubana –ya perfilada en términos culturales- era urgente modificar la realidad colonial, ampliar sus límites, y permitir así a las potencialidades criollas expresarse con libertad.

La conciencia de esta necesidad constituyó el eje central compartido por todas las opciones políticas surgidas en el momento, por lo que no existía entre ellas, signadas todas por una ideología liberal, una incompatibilidad esencial. En efecto, durante la centuria decimonónica en Cuba observamos la existencia de dos grandes discursos interpretativos de la realidad, ambos con el mismo origen y propósito, pero diferentes en cuanto a la metodología a emplear para lograr un fin común. Uno, reformista-autonómico, defensor del camino gradual y evolutivo como único medio legítimo de obtener el progreso de la nación, que sólo se sosten-

BÚSQUEDA

dría al erigirse sobre sólidos cimientos; otro, independentista radical, para el cual la independencia constituía un fin en sí misma y un atributo *sine qua non* para todo desarrollo posterior. Ambos proyectaban una Cuba libre, ilustrada y próspera, pero diferían en la vía para alcanzar estos objetivos.

La historia posterior en Cuba ha estado marcada por el enfrentamiento, expresado en múltiples manifestaciones, entre ambos conceptos de lo cubano. Aun con los mismos objetivos esenciales, los mismos fines últimos, el radicalismo nacionalista y el nacionalismo moderado no han encontrado la oportunidad ni la forma de dialogar entre sí. No obstante, un diálogo es posible si existen elementos comunes de acuerdo entre los interlocutores, y si éstos tienen la voluntad de identificarlos y de construir sobre su base. De tal forma, **la presencia de principios compartidos entre las líneas fundamentales de la ideología política cubana, considerada en su conjunto, abre paso a la posibilidad de un diálogo entre las mismas que conduzca a la consolidación de una cultura política integrada e inclusiva.**

Educación

Por otra parte, si bien la praxis política cubana ha estado signada por el enfrentamiento, es posible del mismo modo identificar una inquietud por la condición cívica de la nación. Nuevamente la mirada al siglo XIX aporta elementos de gran valor, al encontrarse aquí los primeros diseños de lo cubano. En efecto, el importante movimiento de ideas generado en sus décadas iniciales, y que ha sido considerado como la ilustración reformista cubana, proyectó una Cuba caracterizada por el ejercicio de lo que entendía como virtudes cívicas. Con independencia de la lectura que la contemporaneidad pueda realizar sobre este pensar la cubanidad, su aporte es sin dudas significativo.

En primer lugar, los ilustrados cubanos abogaron por la **racionalidad** del orden público en Cuba. En tal sentido, la normatividad racional de su propuesta —lo que la razón indicaba como correcto— se centraba en tres presupuestos

... la presencia de principios compartidos entre las líneas fundamentales de la ideología política cubana, considerada en su conjunto, abre paso a la posibilidad de un diálogo entre las mismas que conduzca a la consolidación de una cultura política integrada e inclusiva.

básicos: **Cuba debía ser libre, justa, y feliz.** La libertad implicaba ante todo la elevación moral de la sociedad y, por tanto, de cada uno de sus componentes, que le permitiera superar el vicio y la ignorancia. Junto a esto, significaba superar las restricciones que frenaban el despliegue de las amplias posibilidades locales, especialmente en términos económicos, pero también culturales. Presuponía, en fin, un reconocimiento de una singularidad cubana, que la hacía capaz de tales posibilidades. La justicia, por su parte, se entendía como la virtud imprescindible para la armonía colectiva, de conformidad con las exigencias de la naturaleza personal y social. Sólo si Cuba era libre y justa podía ser próspera, progresar en la Historia, y ser feliz. La felicidad era entonces la consecuencia lógica de la racionalidad en la organización social.

Dicha felicidad no sería sólo privada, sino que, por serlo, abarcaría a toda la civilización en ella establecida. Aquí se encuentra otro elemento fundamental del proyecto nacional ilustrado: **el balance entre lo individual y lo colectivo.** En efecto, se proponía integrar armónicamente la concepción organicista premoderna de la comunidad con la defensa del individuo y su libertad propia del moderno liberalismo. Para esto era necesario en primer término reconocer la **existencia de un organismo social compuesto por órganos diferentes pero interdependientes entre sí.** La clave en tal sentido —expresada

con claridad en la obra del padre Félix Varela— estaba en la relación recíproca entre la libertad, la responsabilidad y la justicia. Los actos son verdaderamente libres si tienen en cuenta sus consecuencias y buscan el bien para todos. Por tanto, la defensa de lo individual en su universalidad es al mismo tiempo una defensa de lo colectivo.

La preocupación por lo cívico no se agotó en la primera mitad del siglo XIX. Ha estado en mayor o menor medida presente en la inquietud de las minorías intelectuales a lo largo de la convulsa historia de la República cubana como una posibilidad siempre latente y nunca plenamente realizada. Por esta razón, y a pesar de que pocas veces ha sido evidente, **existe una tradición cívica en Cuba, con una metodología precisa para una organización libre y responsable del orden social.**

Integración nacional

Otro aspecto de gran importancia es **la existencia en Cuba de una identidad nacional lo suficientemente consolidada, sin apreciables grietas que constituyan graves obstáculos para el logro de una sociedad integrada e incluyente.** Las características de la colonización española, con su asentamiento poblacional y la entrada su-

BÚSQUEDA

cesiva de componentes culturales a la matriz hispánica, determinaron que los mismos se fusionaran y dieran lugar a la especificidad cubana como una única aunque múltiple identidad cultural.

En efecto, no existen en el país conflictos preocupantes de tipo nacional o étnico. Esto no implica, por supuesto, la negación de la pluralidad de la sociedad cubana, que presenta una amplia variedad cultural, religiosa, racial, ideológica, entre otras. Sin embargo, en los últimos años se ha podido constatar la permanencia en el tejido social de situaciones de conflictividad y la emergencia de otras, como la problemática racial y las diferencias regionales, especialmente entre el oriente y el occidente del país. En todo caso, las diferencias encuentran espacio en una identidad compartida en la diversidad

Teleología insular

Uno de los rasgos más significativos de la historia nacional está precisamente en la comprensión colectiva del sentido histórico de la nación. Resulta interesante cómo la historia cubana ha tenido como ejes centrales unas aspiraciones continuas, unos anhelos latentes, nunca plenamente alcanzados. El presente ha sido constantemente cuestionado por un futuro impreciso, vago, pero que con seguridad **debe ser** superior. Esta normatividad del destino histórico, esta

teleología insular, se sostiene en tres afirmaciones fundamentales.

En primer lugar, se afirma la **singularidad de Cuba**. La Historia nacional no es un simple resultado de las circunstancias o las eventualidades: avanza por una Razón existencial, por un destino inexorable de origen ignoto pero presente. Lo cubano existe, pues, para andar por un camino ya trazado. Por otra parte, ese camino conduce necesariamente hacia una realidad superior, porque la **razón de Cuba es la redención**. La justicia es así el fin último y la esencia misma de la cubanidad. Finalmente, la inexorabilidad del destino cubano, su pretensión de verdad absoluta, condiciona que reclame una aceptación incondicional. Rechazarlo, es rechazar la esencia misma de la nación. **La teleología cubana es, en principio, profundamente excluyente.**

A pesar de lo discutible que puedan ser tales afirmaciones queda, en lo profundo de la cultura nacional, un **radical optimismo en cuanto a las posibilidades de la historia nacional**. Esta esperanza, si trata de no ser víctima de la ideología, si no es instrumentalizada, puede ser un impulso decisivo para la creación de un clima de confianza en las posibilidades propias.

II

Los elementos anteriores permiten apreciar las razones para fundamentar

el anhelo de construir la Casa Cuba. Si no existe una contradicción esencialmente antagónica en los principios de las ideologías políticas que han regido la historia nacional, si se cuenta con una tradición cívica para la libertad y la responsabilidad, si la integración nacional no se encuentra amenazada por irremediables escisiones internas y si el núcleo de la cultura es optimista en cuanto al destino histórico de la nación, no hay realmente obstáculos insalvables a vencer.

La metodología para hacerlo es tan simple como compleja al mismo tiempo su realización. Se trata de identificar todos estos elementos, retomarlos y con ellos recrear una nueva tradición nacional en la cual la intransigencia ceda al consenso y la exclusión al diálogo. Ciertamente considerar a Cuba como una casa, en la que una sola y gran familia encuentra espacio para todos sus integrantes, es una meta, un proyecto, una construcción. Sin embargo, en la hora presente, de decepciones y desesperanza, sin claras proyecciones sociales, cuando las nuevas generaciones están cada vez más condicionadas por la obsesión de la inmediatez tecnológica, cuando muchos jóvenes se adscriben incondicionalmente a esotéricos grupos en la búsqueda casi desesperada de una identidad perdida, cuando el presente es tan urgente que se olvida el pasado y el futuro está demasiado lejos, cuando la única aspiración para muchos es abandonar el país o vivir en él con una ciudadanía extranjera, cuando Cuba misma deja de tener sentido, se impone construir un camino de esperanza.

Sin dudas, no es una tarea sencilla. Sin embargo, es la única alternativa. Sólo así se podrán sanar verdaderamente las heridas en el tejido nacional, sólo así se crearán las bases para consolidar un futuro mejor para todos.



La metodología para contruir la Casa Cuba es tan simple como compleja al mismo tiempo su realización. Se trata de identificar todos los elementos integradores, retomarlos y con ellos recrear una nueva tradición nacional en la cual la intransigencia ceda al consenso y la exclusión al diálogo.

BÚSQUEDA